

EL PASADO LEGENDARIO

Mitos

Egipcios

GEORGE HART



El rico panorama de la mitología del antiguo Egipto perdura hasta nuestra época a través de las pinturas en tumbas, inscripciones en templos y textos en papiros. Este relato empieza con las leyendas de la creación de Heliópolis, Menfis y Hermópolis, ilustrando los esfuerzos intelectuales de los egipcios para explicar los comienzos del mundo. Los mitos que siguen abarcan desde historias de los dioses —el asesinato de Osiris y la venganza de Horus, Isis y los siete escorpiones, Sajmet y el exterminio virtual de la humanidad— hasta fábulas tales como la del Marinero Náufrago y la de la Isla Encantada.

Introducción

La mitología egipcia es un rico y asombroso panorama de imágenes visuales y escritas. En un intento por aclarar algunos aspectos he dividido la materia en dos grandes categorías. El material más manejable es muy sencillo, e incluye los cuentos y leyendas que implican una apertura hacia tierras exóticas, un recrearse en las hazañas de los magos y en la apoteosis de los héroes históricos.

La otra categoría es la que me aventuro a llamar "mitos de conciencia más elevada". Mi punto de vista personal es que éstos constituyen un elemento activo e integral del gobierno y la sociedad del antiguo Egipto, estando lejos de ser una serie de *mémoires* de dioses y diosas. Los que tratan del origen del cosmos, el concepto de sucesión legal al trono y la visión del viaje regenerativo realizado por el sol durante la noche, resaltan como proyecciones del pensamiento de los antiguos egipcios, de sus miedos y esperanzas sobre la condición humana y las penalidades experimentadas en el curso de la vida de los hombres.

La investigación de los fenómenos naturales y la confrontación con lo "misterioso" interesaron profundamente a los antiguos egipcios, aun cuando no siempre hallaran su explicación y el resultado fuera en ocasiones incomprensible y contradictorio. En consecuencia, los mitos metafísicos de la creación y las fórmulas mágicas dirigidas contra las fuerzas del caos —manifestadas en la amenaza de la serpiente infernal Apofis— significan la búsqueda por los antiguos egipcios de un conocimiento definitivo, aspecto que resuena en lo que se ha llamado el dilema moderno:

*"No cesaremos de explorar
y el fin de toda nuestra exploración
será llegar a donde comenzamos
y conocer el lugar por vez primera..."*

(T. S. Eliot, *Little Gidding*)

Pero no sólo en los tiempos modernos los mitos egipcios han dejado su marca. A través de los doscientos cincuenta últimos años los visitantes extranjeros del Valle del Nilo han registrado sus reacciones ante el vasto panteón de deidades inscritas sobre las tumbas, templos y papiros. Heródoto, el historiador y etnógrafo griego del siglo V a. C., nos proporciona algunos relatos acerca de la religión egipcia, pero es respetuosamente reticente a divulgar los ritos sagrados:

He mantenido conversaciones con los sacerdotes de Hefesto [Ptah] en Menfis. Fui a Tebas y a Heliópolis con intención de descubrir si la información proporcionada en Menfis podía verificarse, ya que los heliopolitanos son considerados como los más sabios de los egipcios. En cuanto a sus explicaciones de lo "sagrado", me inclino a no desvelar esta sabiduría, salvo quizá a dar los nombres de ciertos rituales que considero "moneda común" entre los hombres.

(*Historias II*, capítulo 3)

De índole similar son los comentarios del divertido novelista Apuleyo, que somete a su héroe Lucio a aventuras degradantes cuando está transmutado bajo la forma de asno, y a quien Isis convirtió en un iniciado a sus misterios. En contraposición a ello, sin embargo, el xenófobo satírico romano Juvenal se burla abiertamente de las creencias egipcias y desprecia el culto de Isis. Incluso los turistas ordinarios en la antigüedad tardía dejaron sus impresiones (de

manera imperdonable en forma de graffiti) sobre la compleja mitología egipcia: "Yo, Dioskorammón, vi estas tonterías y las hallé desconcertantes" (rascado en la pared de la tumba de Rameses VI, en el valle de los Reyes).

Pero los mitos egipcios, que al parecer son ridículos para algunos, han sobrevivido porque la sociedad en que se originaron los consideró cruciales para la creación de una visión del mundo. Escribas, sacerdotes y narradores transmitieron los mitos para explicar fenómenos etiológicos, para proporcionar datos sobre la continuidad de la existencia en la vida de ultratumba y para mostrar la versatilidad de sus imaginaciones. Así, bien como parte de una búsqueda religiosa o de una investigación antropológica, bien para internarse en lo subreal, los mitos y leyendas del antiguo Egipto nos siguen enriqueciendo por su profunda reflexión y sus imágenes.



Leyendas de la creación

La creación del mundo, por quién y cómo fue creado, era materia de constante interés para los egipcios. Así se formularon tres cosmogonías basadas en las tradiciones de tres antiguas ciudades: Heliópolis, Hermópolis y Menfis.

Fuentes principales

Ya desde el comienzo de este libro será preciso que nos sumerjamos profundamente en documentos cruciales para nuestra comprensión de la antigua visión egipcia del cosmos. Hace 4.300 años se grabaron varias columnas de jeroglíficos en el vestíbulo y en la sala del sarcófago de la pirámide del rey Uenis (aproximadamente en el 2350 a. de C.) en Saqqara, la necrópolis de la capital real de Menfis, con intención de asegurar un futuro al monarca en las proximidades de dios Sol. Los gobernantes posteriores del Imperio Antiguo (2649-2152 a. de C.) continuaron con esta tradición. Conocidos como los *Textos de las Pirámides*, este corpus de ensalmos y especulaciones nos ofrecen la oportunidad de evaluar la compleja imaginaria centrada en el panteón egipcio. También constituye la compilación religiosa más antigua del mundo.

En el siguiente período de la civilización egipcia, llamado Imperio Medio (2040-1783 a. de C.), nos encontramos con que las prerrogativas de la realeza, cuyo *status* en la vida de ultratumba se define a través de inscripciones mágicas, fueron usurpadas por gobernadores provinciales y dignidades de la corte. Sus ataúdes se convirtieron en sarcófagos sobrenaturales pintados con fórmulas funerarias dirigidas a Anubis y Osiris, amuletos de "ojos de Horus", bienes de lujo, raciones básicas de alimentación para la supervivencia, centenares de hechizos apretujadamente escritos (publicados por los egiptólogos bajo el título de *Textos de los Sarcófagos*), y mapas de las regiones infernales (proyectados para neutralizar las fuerzas del caos y fortalecer el espíritu de su propietario con la esperanza de que se uniera al séquito del dios Sol). Diseminados a través de estos *Textos de los Sarcófagos* y de *las Pirámides* se pueden encontrar comentarios de suma importancia sobre el mito del dios creador de Heliópolis, siempre que uno controle su frustración por el desprecio que el antiguo redactor egipcio muestra por el análisis lógico sostenido. Mucho más tarde, a principios del s. III a. de C., un papiro del Museo Británico (también conocido como Papiro Bremmer-Rhind), describe con la más gráfica fraseología el desarrollo de la vida a partir del dios creador. (Aunque de época ptolemaica, este papiro probablemente evolucionó a partir de un original escrito al menos mil años antes.)

Debemos la supervivencia del relato metafísico de la creación por Ptah, dios de Menfis, al rey Shabaka (712-698 a. de C.), que pertenecía a la expansionista dinastía nubia, cuya capital estaba cerca de Gebel Berkal, en el Sudán. Éste prosiguió la invasión de Menfis llevada a cabo por su predecesor Piye (leído en un primer momento Pianji) con una fuerza de ocupación más duradera. En un viaje de inspección al templo de Ptah, Shabaka se quedó horrorizado al descubrir que el rollo de papiro más sagrado, que contenía una versión dramática del acceso del dios Horus al

trono de Egipto y el mito menfita del dios creador, estaba siendo devorado por los gusanos. Ordenó inmediatamente que el texto de rollo que aún no estaba dañado se grabara en un bloque de granito negro. Sus pías intenciones, sin embargo, quedaron parcialmente frustradas: antes de su adquisición por el Museo Británico, la "Piedra de Shabaka" fue utilizada como piedra de molino, como atestigua la profunda incisión en el centro con sus radios saliendo a partir de ella.

Los primeros que estudiaron la fecha original de la "Teología Menfita" copiada en piedra creyeron que la lengua del texto correspondía a un prototipo de Imperio Antiguo. Un estudio más cuidadoso de los epítetos de Ptah y de la estructura de pensamiento que revela el texto llevaron a rechazar como fecha de este destacado mito el tercer milenio a. de C., en favor de su origen en época ramésida (hacia del s. XIII a. de C.) o posterior.

Los testimonios que tenemos de Amón como dios creador de Hermópolis descansan fundamentalmente en el Papiro Leiden 1 350, un vasto panegírico del dios Sol que enfatiza su exclusivo papel procreador. Además, los templos del Imperio Nuevo de Deir el-Bahri y Luxor revelan cómo Amón abandona sus misteriosos confines del cielo para unirse sexualmente con la reina que gobernaba Egipto, engendrando así al futuro monarca. Finalmente, en la época grecorromana, que son los últimos siglos en los que se decoran templos en Egipto, como en Esna y Edfú, cuando los escribas proporcionan elaboraciones teológicas enigmáticas y oscuras para que los escultores las graben, los jeroglíficos guardan relatos de la creación imaginativos y ricos en alusiones sutiles, pero que parecen haber perdido el rumbo en términos de revelación cósmica.

El dios Sol de Heliópolis

Bajo los arrabales del noroeste de El Cairo están las minas de Yunu, que se contaba entre los principales y más antiguos santuarios de Egipto. Heródoto, el historiador griego que visitó la región en el s. V a. de C., unos dos mil años después de que se hiciesen las primeras dedicatorias de sus templos, la conocía como Heliópolis, la Ciudad del Sol. Aquí los intelectuales en el momento de la unificación del Alto y Bajo Egipto (hacia el 3000 a. de C.) empezaron a formular una cosmogonía para explicar los elementos vitales de su universo, que culminó con su significativa cristalización en los *Textos de las Pirámides* de las dinastías V y VI.

Antes del desarrollo de un cosmos estructurado existía en la oscuridad un océano de agua inerte, al que se consideraba el ser primordial, llamado Nu o Nun. Nunca se construyeron templos para honrarlo, pero la naturaleza de Nu está presente en el culto de muchos santuarios bajo la forma de lago sagrado que simboliza la "no existencia" antes de la creación. De hecho, esta vasta extensión de vida inanimada nunca dejó de existir y tras la creación se imaginaba que rodeaba el firmamento celeste guardando al sol, la luna, las estrellas y a la tierra al igual que lo hacía con las fronteras de los infiernos. Por eso siempre hubo temor en la mente de los egipcios a que Nu se cayese estrepitosamente a través de los cielos e inundase la tierra. Se alude a esa amenaza de destrucción en el ensalmo 1130 de los *Textos de los Sarcófagos* de la edición de Faulkner de 1973, donde se lee: "Los montículos se convertirán en ciudades, y las ciudades en montículos, y los palacios destruirán a los palacios". Cuando tenga lugar este *Götterdämmerung* ("ocaso de los dioses"), los únicos supervivientes serán los dioses Atum y Osiris en forma de serpientes, "desconocidos para la humanidad e invisibles para los demás dioses".

Atum, "Señor de Heliópolis" y "Señor de los límites del cielo", es el demiurgo, el creador del Universo, que surgió de Nu al inicio de los tiempos para crear los elementos que lo componen. Como dios Sol, se autogeneró en un ser y se

posó sobre un montículo emergente, una imagen que sugiere los bancales e islas que reemergen tras la estación de las inundaciones del Nilo. (Era natural que el régimen del río, fuente de la vida y prosperidad de Egipto, influyese en los conceptos de creación de la misma forma en que el entorno de los primeros escribas sugirió los signos de la escritura jeroglífica.) Este montículo primordial tomó la forma de *Benben*, una firme, elevación piramidal cuya finalidad era dar soporte al dios Sol; la reliquia real de piedra, tal vez considerada como el semen petrificado de Atum, se decía que sobrevivía en el *Hewet-Benben* (la Mansión del Benben) en Heliópolis.

La noción subyacente en el nombre de Atum es una noción de totalidad, pues como dios Sol él es la *Mónada*, el ser supremo y quintaesencia de todas las fuerzas y elementos de la naturaleza. Por lo tanto, contiene en sí mismo la fuerza vital de cualquier otra deidad aún por existir. En el pensamiento egipcio, la totalidad tiene un poder positivo, como en la noción de llenar una eternidad de existencia, y un aspecto destructivo, como en la entrega de un enemigo a las llamas. Este dualismo inherente a la *Mónada* permite el futuro nacimiento de una diosa constructora como Isis o de un dios del caos y la confusión como Set.

Pero ¿cómo un principio masculino en solitario iba a dar nacimiento a su prole? En esto la ingenuidad de los teólogos heliopolitanos no tenía límites. Dos narraciones desarrollaban cómo la esencia dadora de vida de Atum salió de su cuerpo para dar lugar a un dios y a una diosa. En el texto 527 de los *Textos de las Pirámides* se hace la inequívoca afirmación de que Atum se masturbó en Heliópolis: "Al coger su falo con las manos y eyacular, nacieron los gemelos Shu y Tefnut". Esta clara imagen sólo tiene sentido si recordamos que Atum contenía en sí mismo el prototipo de cada poder cósmico y de cada ser divino. Por otra parte, esta descripción de un orgasmo por un dios sol

itifálico se convierte en una grosera caricatura en vez de ser la evocación de un acto creador misterioso y sublime.

En el texto 600, sin embargo, los sacerdotes ofrecen otra explicación del nacimiento de los hijos de Atum que se basa en una asonancia de palabras con armazón consonántico similar. Los juegos de palabras eran un útil instrumento para la instrucción en el antiguo Egipto, como se ve en un ejemplo procedente de un papiro del Museo Británico que trata de la interpretación de los sueños: ver un gran gato en un sueño significaba una cosecha abundante porque ambas expresiones contenían fonemas o sílabas que eran muy similares. Por tanto, sin negar que el sentido del humor egipcio era punzante, cosa que muy a menudo no se tiene en cuenta, debemos considerar los juegos de palabras en la creación de los mitos como intentos de transmitir conceptos intelectuales no de mover a risa por medio del ingenio. Así Atum es conocido como el dios que "salivó a Shu y escupió a Tefnut", Shu es la secreción de Atum en la medida en que su nombre —de una raíz que significa "vacuo" o "vacío", una noción apropiada para el dios aire— no es muy diferente de la palabra cuyo valor consonántico es *yshsh* (en jeroglífico no se escriben las vocales) y que significa "estornudo" o "farfullo". En el caso de Tefnut, cuyo nombre escapa a una interpretación precisa y cuyo significado se especuló que era "rocío" o "humedad en el aire", las dos primeras consonantes de su nombre forman la palabra *tf*, traducida como "escupitajo". Algunas citas del Papiro Bremmer— Rhind reúnen los puntos sobresalientes que rodean al acto procreador de la Mónada:

Todas las manifestaciones empezaron a existir tras haber empezado yo a existir... no existía ni la tierra ni el cielo... Creé de mí mismo todas las cosas... mi puño fue mi esposa... copulé con mi mano... Estornudé a Shu... Escupí a Tefnut... Después Shu y Te-

fnut dieron lugar a Geb y Nut... De Geb y Nut nació Osiris... Set, Isis y Nefthis...
... dieron finalmente lugar a la población de esta tierra.

Las deidades aquí nombradas forman la *Pesdyet* de Heliópolis, un grupo de nueve dioses y diosas para los que se usa frecuentemente el término griego *Enéada*. Obviamente, las nueve deidades pueden ser restringidas a la genealogía ideada en Heliópolis, pero la noción de un círculo de dioses u diosas era transferible; el templo de Abido tenía una *Enéada* de siete deidades, mientras que había quince miembros en la *Enéada* del templo de Karnak. Probablemente debido a que los signos que se agrupaban en tríos en los jeroglíficos egipcios comunicaban la idea de un plural indeterminado, el concepto de nueve dioses y diosas indicaba un plural de plurales, suficiente para abarcar un panteón de cualquier número de deidades en cualquier templo.

Las primeras deidades que Atum creó, Shu y Tefnut, podían ser representados como leones, como, por ejemplo, en el reposa cabezas de mármol de Tutankhamón. En las ilustraciones del *Libro de los Muertos*, Shu, llevando la pluma de avestruz que de hecho es el jeroglífico de su nombre, levanta sus brazos para sostener el cuerpo de la diosa del cielo Nut, que está arqueada sobre su consorte el dios tierra Geb. El rol de Shu en la cosmogonía heliopolitana parece haber sido suprimido, sin duda porque tenía un fuerte componente solar en su naturaleza y no podía permitírsele que se aproximara al dios solar por excelencia. Además abarcaba el concepto de aire penetrado por los rayos del sol (un concepto utilizado por el faraón Ajenatón en el primitivo nombre didáctico del Atón, el dios solar supremo durante menos de dos décadas del s. XIV a. de C.): "Viva Re-Horajty regocijándose en el horizonte en su nombre de Shu que está en el Atón [es decir, el disco solar]."

Tefnut, la de la cabeza leonada, escapa a una categorización definitiva. Su asociación con la humedad o con el rocío está atestiguada en los *Textos de las Pirámides*, donde también hay un pasaje que sugiere que ella es la atmósfera de los infiernos. Tal vez el énfasis deba situarse en su acceso automático al dios Sol, ya que, siendo su hija, se acaba igualando con su todopoderoso ojo solar. Por el procedimiento natural, de Shu y Tefnut nacieron Geb y Nut. Los egipcios consideraban a la tierra como un principio masculino y al cielo como femenino, en contraste con la mitología indoeuropea. Geb, el dios de la tierra, personificaba la tierra de Egipto, y a través de él se establecía el vínculo con el trono del faraón reinante. La diosa del cielo Nut se convirtió en una de las deidades más representadas de la más antigua Enéada. Su cuerpo se tendía a lo largo de Geb pero, tras haber dado a luz a cuatro hijos, es separada de él por Shu en cumplimiento del mandato de Atum. Más allá de ella está Nu y la no existencia. Las recargadas pinturas que tenemos de ella en la Sala del sarcófago de la tumba de Rameses VI (1156-1148 a. de C.) en el valle de los Reyes recalcan su importancia —aquí el dios Sol viaja a través del firmamento, que se halla a lo largo de la superficie inferior de su cuerpo—; al llegar al horizonte occidental, al final de las doce horas distribuidas a lo largo del día, el dios Sol es tragado por la diosa cielo; él recorre la longitud interior de su cuerpo durante las horas de la noche y, al alba, Nut da a luz al dios Sol en el horizonte oriental en medio de un despliegue de rojo que es la sangre del parto.

En este punto de la genealogía, los sacerdotes de Heliópolis desarrollaron una inteligente transición que incorporaba el ciclo mitológico de Osiris en el corpus solar. Esta transición descansa sobre el hecho de que Nut le dio a Geb cuatro hijos: Osiris, Isis, Set y Neftitis. Esto creó una vinculación entre las deidades cósmicas más antiguas de la Enéada y el mundo político. También subordinaba al arribista dios Osiris, no atestiguado epigráfica o arqueológicamente

antes de la V dinastía (2464-2323 a. de C.), a la posición de biznieto del dios Sol, enfatizándose de este modo la impresionante antigüedad de la Mónada. La leyenda de Osiris se verá más adelante, pero debemos destacar que, al completar la Enéada de Heliópolis, los cuatro descendientes de Nut y Geb representan el ciclo perpetuo de la vida y la muerte en el Universo, continuando el acto de la creación de Atum. El ciclo de Osiris se adecua al dualismo del orden cósmico establecido por el dios Sol, estableciéndose un equilibrio entre los contrarios de la totalidad: Osiris corona un reino legítimo en Egipto; Set destruye al poseedor legal del trono de Geb. Más adelante veremos esto con mayor detalle.

La imagen del loto parece haber sido empleada por los sacerdotes de Heliópolis para ayudar a explicar el nacimiento del dios sol Atum. De Nu brotó un loto, junto con la colina primordial, del que el dios Sol surgió como un niño, aunque autogenerado. El mismo loto fue más tarde identificado con el dios Nefertum (adorado en Menfis); en consecuencia, hay hechizos en el *Libro de los Muertos* para transformar al muerto en Nefertum, porque él es "el loto en la nariz del dios Sol". En el Museo de El Cairo puede encontrarse la representación más hermosa de esta idea en el loto de madera pintado con la cabeza del niño dios Sol brotando. Se encontró en el valle de los Reyes y constituye una identificación iconográfica de Tutankhamón con el dios Sol recién nacido.

Antes de concluir con el mito de la creación heliopolitano, debemos hacer mención del rol del Fénix, del simbolismo del loto y de la unión de Atum con otras manifestaciones del dios Sol. El Fénix, del que el escritor griego Heródoto oyó hablar en Egipto en el s. V a. de C., pero al que no vio excepto en dibujos de papiros mitológicos o en grabados murales, originariamente tomaba la forma de una motolita amarilla, que luego se cambió por la de una garza con un largo plumacho en la cabeza. En los jeroglíficos se

le llamaba el *Benu*, cuya etimología significaba "alzarse con fulgor". Autoevolucionado, el Benu se convirtió en el símbolo del nacimiento del dios Sol. Así se afirma en el texto 600 de los *Textos de las Pirámides* que contiene una invocación a Atum: "... tú surgiste, con el Benben, en la Mansión del Benu en Heliópolis."

Heródoto no estaba convencido de la existencia del Fénix, pero narró la historia que le contaron los sacerdotes. El Fénix herodotiano es un pájaro semejante a un águila, que lleva un plumaje de color oro y rojo. A la muerte de su padre cada quinientos años vuela desde la península Arábrica a Egipto. Lleva el cuerpo de su difunto padre embalsamado en un huevo de mirra y lo entierra en el Templo del dios Sol. Las diferencias entre el Fénix de Heródoto y otros autores clásicos y el Benu de las fuentes antiguas egipcias son lo suficientemente serias como para que nos preguntemos si los dos pájaros están relacionados de algún modo. Sin embargo, Heródoto pudo haberse visto confundido por la muestra que se le ofreció. El pájaro que vio en dibujos no era realmente el Benu, ni en la forma en que lo describe ni en su magnífico colorido; probablemente era el buitre egipcio o el halcón Horus. La mención del incienso le añade un sabor genuino, ya que era altamente valorado en los rituales del templo egipcios. La mirra para embalsamar de la descripción de Heródoto pudo haber sido utilizada posiblemente en Heliópolis en este período de la civilización egipcia, procediendo de los reinos de Arabia meridional a través de las rutas comerciales del mar Rojo.

Para el resto, no debemos olvidar que nadie conoce la posición de los informadores de Heródoto en la jerarquía sacerdotal quizás en los más altos peldaños del conocimiento de la teología heliopolitana o quizá novicios aún en período de aprendizaje. Además algunas explicaciones del Benu pudieron haber vencido a los traductores, especialmente porque no hay registros de la época de Heródoto para informarnos de cualquiera de las complejidades o va-